

Robert Kurz: *La sustancia del capital*, Madrid, Enclave de Libros, 2021, 332 págs.

En un presente en el que la descomposición del tejido social es cada vez más acentuada, dando lugar a un malestar generalizado de la población y con sectores de la misma insertos más hondamente en la miseria, una obra crítica y reflexiva como la de Robert Kurz ha de ser tenida en cuenta porque asienta este devenir histórico en las propias condiciones sociales que lo generan; por eso, el autor no proporciona aquí un libro abstraído del contexto social en el que se integra, brindando un posible estudio erudito y concluyente de los textos clásicos de Karl Marx, sino que busca ante todo responder críticamente, mediante una reflexión de los conceptos constituyentes de la sociedad capitalista, a la obsolescencia del sustento mismo que posibilita la reproducción social.

Esta fuerza crítica se puede ver desde el mismo inicio del libro, buscando perfilar el autor un concepto de crítica verdaderamente radical que atienda a la significación socio-histórica de los conceptos manejados. Se desarrolla aquí una concepción del conocimiento que se asienta en el condicionamiento social e histórico, perfilando una idea de relatividad que no sucumba a la ideología inmanente al propio sistema productor de mercancías. Así, para que el conocimiento en su relatividad no sea ideología se ha de referir negativamente a la formación social histórica en la que se contextualiza, pues, para que la crítica adquiera su especificidad, haciendo valer su condicionalidad de forma reflexiva, ha de negar absolutamente las formas sociales fundamentales que determinan la vida material de los individuos socializados. De lo contrario, la crítica pierde su negatividad y la relatividad epistémica la vuelve indeterminada, dejándola incapaz de diferenciar la propia relatividad histórica del sistema capitalista respecto de otras configuraciones sociales y la especificidad relativa a ese sistema, que no es meramente contingente sino que presenta la determinación de diferentes formas constituyentes que no pueden ser saltadas por encima como meramente pasajeras, perdiendo de vista su ejercicio real en la vida cotidiana. Por tanto, junto con la defensa de la relatividad del conocimiento y de los conceptos en su condicionamiento socio-histórico, el autor también defiende, para salvaguardar la negatividad inmanente de la crítica, una *sustancialidad del concepto*.

Es verdaderamente importante este punto para comprender la obra que nos presenta el autor, porque lo que se está jugando en ella es una crítica radical que niega vehementemente el sistema capitalista en la especificidad de su esencia socio-histórica; por lo que, si no se capta conceptualmente dicha esencia y se disuelve la

cognición de la sociedad en determinadas relaciones de poder, se dejan de lado las condiciones sociales que dan lugar a esas relaciones de poder, impidiendo, por tanto, una crítica que se sustente en su negatividad. Asimismo, sin este posicionamiento crítico que atiende al principio sustancial del sistema capitalista, se imposibilita elaborar una teoría de la crisis adecuada, siendo lo verdaderamente problemático no ya los callejones sin salida en los que deja el capitalismo a los individuos, sino el no entender el límite interno objetivo del propio sistema que poco a poco destruye el tejido social al que ha dado lugar, impidiendo comprender todo el malestar y sufrimiento actuales que tienen su origen en una pérdida progresiva de la sustancia del capital, es decir, en una obsolescencia del trabajo abstracto como motor de la valorización en base a su puro gasto. Es esta reflexión crítica encauzada a una práctica transformadora lo que justifica la existencia de esta obra, recuperando de Marx el concepto de trabajo abstracto como sustancia del capital para con ello comprender la lógica interna de la formación social capitalista. De este modo, el autor entra en un diálogo simultáneo con el marxismo tradicional y con las derivas teóricas “postmodernas”, precisamente para señalar su punto de coincidencia, que es la ausencia de una teoría que capte la especificidad propia del sistema capitalista en lo que inmanentemente tiene de sustancial. Así, el autor sigue una vía de pensamiento que busca evitar ante todo una ontologización conceptual.

Esto le permite realizar expresiones conceptuales que académicamente hubiesen sido problemáticas. Es de destacar la conceptualización de la relación social que vértebra las sociedades modernas, el trabajo como mediación necesaria entre los individuos, como una *metafísica real* de la reproducción social. Queriendo significar con ello, no sólo un posible ejercicio teórico aparejado al contexto mercantil ni tampoco las teorías filosóficas que tienen su posibilidad lógica en ese contexto mercantil, sino la realidad metafísica que tiene lugar en base a la abstracción generada por esa relación social que es el trabajo. Cuando la reproducción de la sociedad tiene su principio en una determinada relación que abstrae lo relacionado para generar una sustancia que resulta de un gasto indiferenciado, entonces, la propia práctica social de los individuos ha dado lugar a un principio universal inmanente, por tanto, real. Esta realidad que va por delante del pensamiento es el resultado de la práctica de los individuos, del trabajo abstracto, y de tal modo las distintas corrientes filosóficas no sólo encuentran allí su posibilidad lógica, sino que responden directamente a ella como conceptualización de la realidad; por eso es tan importante una observancia y atención continua a la crítica como negatividad que no

reproduce positivamente en el pensamiento su propio tiempo. Así, el objeto de reflexión es el mismo, pero al asentarlos socio-históricamente en su fundamento universal, se revela una metafísica de la reproducción social (de ahí la expresión de Marx de *objetividad espectral*, es decir, la posibilidad real de que las distintas actividades humanas en sus respectivas particularidades se signifiquen como trabajo y todas ellas se abstraigan en el mero gasto de la fuerza de trabajo, dando lugar a un producto que en su objetividad empírica no puede revelar el propio valor que posee).

Con este proceder conceptual, el autor delimita la metafísica propia del trabajo como una inversión de lo abstracto y lo concreto o, en otras palabras, un dominio de lo abstracto sobre lo concreto, que existe como la mera expresión de su propia abstracción. Se puede entender, con ello, su sospecha y recelo respecto de cualquier posible ontología del trabajo, pues supondría extrapolar la especificidad del sistema capitalista al resto de formaciones sociales, lo cual le lleva a confrontar al propio Marx en su conceptualización del trabajo para recuperar exclusivamente su noción negativa del trabajo abstracto y criticar su concepción trascendental del trabajo concreto. Efectivamente, para el autor el trabajo es un concepto que únicamente adquiere sentido dentro del contexto capitalista, ya que la universalidad social de la relación trabajo, que permite hablar de una actividad humana en general en base a su gasto, implica que el trabajo en sí mismo es una abstracción y que hablar de trabajo respecto a otras sociedades, en su vertiente concreta, es cometer un anacronismo, porque lo que se puede encontrar en formaciones sociales pasadas en referencia al concepto de trabajo es como máximo una delimitación de la actividad propia de los esclavos, vasallos y subordinados. No hay, por tanto, una tal concreción del trabajo, apelando a un metabolismo con la naturaleza o a una actividad trascendental a toda sociedad posible, sino una abstracción que adquiere expresión de su universalidad social en la concreción del producto particular del trabajo; de tal modo que lo particular sólo tiene lugar, y sólo puede tenerlo de forma necesaria, en base a lo universal como su manifestación. Este es un punto esencial para comprender la obra del autor, debido a que lo que late de fondo es una crítica a la ontología del trabajo, precisamente para que una práctica social circunscrita a su contexto no se deslice bajo aparentes formas concretas y útiles al entendimiento de otras sociedades, de cara a una teoría conceptualmente consistente que haga frente al sistema capitalista y a una práctica transformadora que no lleve a sus espaldas concepciones naturalizadas. El trabajo no es una actividad determi-

nada, sino la determinación, que sólo es prácticamente posible en el capitalismo, de la actividad humana en su generalidad. Por eso, perfila adecuadamente la noción de gasto fisiológico que conlleva el trabajo abstracto, ya que, si tal gasto fisiológico implicase una suerte de actividad trascendental, el gasto energético estaría vinculado a la forma concreta en la que se lleva a cabo, sin embargo, sólo puede tener lugar un tal gasto, indiferente a la forma concreta de su ejercicio, en cuanto hay una práctica social que se lleva a cabo abstractamente como trabajo. Y esta es precisamente la sustancia social del capital, siendo lo relevante en la argumentación la reflexión respecto a que el gasto o combustión energética que todo ser humano se ve obligado a realizar en toda sociedad en base a su corporalidad, no es lo mismo que un gasto mediado socialmente y que sirve como sustancia común al grueso de actividades llevadas a cabo en sociedad, de tal modo que ese gasto humano sólo puede ser la medida común de la práctica social cuando el trabajo abstracto es el modo en el que se lleva a cabo ese gasto (de ahí el concepto de trabajo concreto, que es concreto en cuanto conlleva de suyo como trabajo la fática abstracción de la actividad concreta llevada a cabo, el cual no puede extrapolarse al resto de sociedades porque al ser el trabajo la forma social en la que cobra existencia esa actividad, está determinada de antemano como abstracción, por lo que su concreción implica ya una abstracción, algo que no ocurre en ninguna otra sociedad). Hay, por tanto, una sustancia inmanente al propio capital, por lo que se puede derivar lógicamente, como así ocurre en realidad, una pérdida de esta sustancia, pues, si tal sustancia no es resultado de una actividad humana estructural a toda sociedad y el gasto realizado está socialmente determinado como gasto indiferenciado respecto a la actividad llevada a cabo, cuando la actividad humana universalizada como trabajo colapse y se vuelva obsoleta, esa sustancia también caerá. Así, puede emerger el concepto de crisis como límite interno objetivo al sistema, debido a que la reproducción social asentada en el trabajo como principio social implica la progresiva y continua disminución del trabajo abstracto, es decir, del gasto llevado a cabo por producto o la paulatina disminución del valor por mercancía al elevar los estándares productivos. Con esto, podemos observar la importancia del concepto de crítica que ejercita el autor en su obra, ya que es esta negatividad conceptual la que permite captar la crisis inherente al sistema capitalista como contradicción inmanente a su devenir histórico. Recuperando el concepto crítico de Marx de trabajo abstracto, el autor puede sacar a relucir una teoría de la crisis que no cae en un vulgar determinismo, reconociendo la agencia de los individuos, al

igual que tampoco exagera la voluntad individual y su capacidad de acción, pues el límite es objetivo. El pensamiento abre la comprensión conceptual de la crisis del sistema, pero las posibilidades prácticas, apenas visibles, no comportan ningún destino. El desarrollo conceptual realizado hasta aquí representa el hilo teórico que atraviesa y vertebra el texto, el cual no realiza concesiones y establece una alta exigencia a sus lectores.

Esta es la base teórica sobre la que rota en todo momento el autor para confrontar a otros pensadores y corrientes. Respecto al marxismo tradicional, como marco amplio, pero con un denominador común, critica la reducción de la relación históricamente específica del capital a la esfera de la circulación, por lo que el trabajo no es tomado conceptualmente de forma negativa y se ejercita de fondo una ontología del mismo. Algo parecido ocurre con otros autores que no entrarían en sentido estricto dentro de este marco pero que conservan un concepto positivo del trabajo abstracto, como es el caso de Isaak Illich Rubin o György Lukács. De forma más técnica encontramos esto mismo en Alfred Sohn-Rethel, el cual brinda el concepto de *abstracción real*, pero circunscribe la abstracción socialmente objetiva del trabajo al intercambio de la esfera de la circulación, de modo que a nivel productivo el trabajo es solamente trabajo concreto y es en la relación equivalente del intercambio entre mercancías cuando tiene lugar la abstracción; por lo que el trabajo es abstracto únicamente de forma retrospectiva en base al intercambio, el cual lleva a la existencia la abstracción del trabajo a través de los productos del mismo al adquirir la forma mercancía, lo que implica conservar el trabajo como actividad que en sí misma no es abstracta, pudiendo, entonces, conservar la producción del capitalismo como algo no propiamente capitalista, ya que lo propio del mismo es la abstracción del intercambio. Otra cosa es la crítica que realiza a Moishe Postone, un autor muy estimado por Kurz, pero que a sus ojos cae inadvertidamente en la ontología del trabajo que tanto critica, pues, considera el trabajo concreto, al margen de sus determinaciones, como un sustento necesario de la vida humana, recurriendo a una distinción entre necesidades sociales históricamente determinadas y necesidades sociales no históricas o trascendentales, de modo que el trabajo se erige como una mediación necesaria en las interacciones humanas, algo que es contradictorio en sí mismo porque el trabajo no puede ser exclusivamente concreto al margen de su abstracción, por lo que la crítica del trabajo realizada por Postone no es estrictamente consecuente. Ahora bien, sin duda Michael Heinrich es el autor al que Kurz dedica más páginas y argumentos en todo el libro, precisamente

porque considera estrictamente problemático entender el trabajo abstracto no como una *relación de producción*, sino como una *relación de validación* solamente existente en el cambio. Esto se debe a que Kurz entiende que, siendo consecuente con su planteamiento del trabajo abstracto como sustancia del capital, en la reproducción social capitalista el trabajo abstracto funciona como un *a priori*, es decir, como un principio constituyente que permite configurar una totalidad social, pues, no es lo mismo entender que el valor de las mercancías sea producido por el trabajo o que sea el intercambio el que realice o lleve a la existencia el valor. Si el trabajo no da lugar a productos que en sí mismos, por su modo de ser producidos, son ya mercancías, por tanto, resultados de una abstracción, el valor es una relación social puramente circulatoria, de modo que la abstracción es sólo una forma de referirse al trabajo contenido en el producto cuando entra en el proceso de intercambio y se convierte en mercancía. Sólo *a posteriori* el trabajo es considerado abstracto, ejercitando de fondo no sólo una ontología del trabajo, sino principalmente, que es a donde apunta Kurz, la clausura de una teoría de la crisis como límite a la valorización del capital, de modo que *ad infinitum* el capital pervive en su circulación. En este punto, el principal argumento que esgrime Kurz frente a Heinrich, es que este último establece una identidad entre valor y valor de cambio, confundiendo la *determinación esencial* del valor con la *forma fenoménica* del valor de cambio. Concluyendo que el concepto de sustancia implica un ser ya de los productos como objetivación de valor, ya que, si verdaderamente es un denominador común a los productos que entran en una relación de intercambio como mercancías, quiere decir que existe previamente a esa relación para que la misma pueda tener lugar. Por eso, Kurz puede permitirse decir que Heinrich elude lo fantasmagórico y espectral de la objetividad del valor, debido a que identifica la forma esencial del valor en la esfera de la producción con la forma fenoménica del valor de cambio en la esfera de la circulación.

Finalmente, la crítica radical del trabajo abstracto permite formular una teoría de la crisis consecuente. Ciertamente, Kurz no desarrolla pormenorizadamente esta teoría en el libro, pues el sentido de la obra es otro, tratándose antes de ver una adecuada conceptualización de la crisis frente a una errada teorización asentada en una ontología del trabajo. Esto le lleva a recorrer el devenir histórico del concepto de crisis dentro del marxismo y de los autores que han formulado una teoría del colapso, permitiendo comprender la poca o nula relevancia que tenía la noción de crisis hasta principios del siglo XX, cuando las primeras cristalizaciones sólidas

tuvieron lugar con Rosa Luxemburg y Henryk Grossman, autores que posteriormente cayeron en el olvido llevándose el debate sobre el colapso, el cual emerge de nuevo en las últimas décadas. Sin embargo, lo fundamental en el texto de Kurz respecto a este tema, siendo esta la intención de su libro, es la recuperación de las categorías de Marx tras haber realizado una crítica de la ontología del trabajo, destacando el concepto de trabajo abstracto, lo cual posibilita reabrir el debate sobre la crisis y el colapso de un modo diferente al cual se ha planteado históricamente.

Christian Ribeiro Pires

[chrisrib@ucm.es](mailto:chrisrib@ucm.es)